

MI HERMOSA LAVANDERÍA

'MONSIEUR' G

ISABEL COIXET DIRECTORA DE CINE



Gilbert Garcin empezó su carrera de artista cuando muchos la terminan: a los 65 años. Nacido en Marsella en 1929, hizo estudios de comercio y pronto empezó a trabajar en un taller de lámparas, donde transcurrió su vida hasta la jubilación. Y cuando tuvo por fin tiempo ante sí, decidió dedicarse en cuerpo y alma a la fotografía. En 1998, aprendió en un seminario de una semana en Arles de la mano del fotógrafo profesional Pascal Dolemieux la técnica del fotomontaje y, tras volver a su casa, empezó a hacer la serie de fotografías que le han hecho famoso en el mundo entero. En las fotos, en blanco y negro y nunca procesadas en un ordenador, se pone en escena siempre a sí mismo vestido con un gabán oscuro que perteneció a su abuelo con el que ha creado un personaje que es él, es nadie y es todo el mundo: alguien que nos interpela, nos cuestiona, nos hace

plejas, pero la esencia permanece: en las fotos sale él rodeado de imágenes de sí mismo (*Pavo real*), arrastrando piedras (*Sísifo*), subido a una escalera ante un inmenso fondo negro (*El perfeccionista*), arrastrando un largo cable eléctrico (*Diógenes o la lucidez*), moviéndose a sí mismo como a una marioneta (*Ser dueño de sí mismo*) o levantando una gran sábana en una playa (*Lo que hay debajo de las cosas*). Las imágenes de Gilbert Garcin actúan sobre el espectador de una manera poco común. En un mundo en el que los artistas gritan, sueltan alaridos e intentan de una manera burda imponerse a la audiencia como si temieran quedarse atrás en la loca carrera del éxito, las fotos de Garcin susurran y sorprenden por la sencilla razón de que lo único que busca el artista es comunicar con el espectador. Sus fotos han nacido en un momento de su vida en el que le importan un rábano la vanidad, la fama, el dinero o la gloria y por eso destilan una pureza cada vez más difícil de hallar. Él admite la influencia de algunos surrealistas en sus obras ("admiro mucho a Man Ray, pero no a Dalí, al que detesto cordialmente!"), pero ratifica en todas las entrevistas que ha concedido que su obra nace de la sed de comunicar que había estado encerrada en él todos los años en los que tuvo que ganarse la vida vendiendo lámparas.

Cuando, después del seminario de Arles, empezó a hacer fotografías y a conseguir los resultados que había imaginado, empezó también a enviar sus



L'ENVOIE D'ICARE / GILBERT GARCIN

sonreír y nos obliga a preguntarnos por este juego absurdo y definitivo que es la vida. Con elementos cotidianos (arena, flores, piedras, trozos de papel, ganchos), construye pequeñas puestas en escena en las que su figura es siempre protagonista. Se fotografía a sí mismo (a veces en el balcón de su casa, para extrañeza de los vecinos) con diferentes actitudes, recorta su figura y la incluye en pequeños paisajes que ha creado de antemano para después fotografiar a su vez el todo. Sin trucos ni retoques. Con los años ha depurado esta técnica. A veces ha incluido la figura de su mujer en sus montajes y ha ido desarrollando ideas más com-

portafolios a galerías, festivales de fotografía y centros de arte: todos rechazaron sus fotos. Algunos con el comentario supuestamente sarcástico: "Señor, vuelva a enviarme algo cuando empiece a hacer fotografías". Pero no se desanimó. Finalmente, en los Encuentros de la imagen de Braga (Portugal) aceptaron 30 fotos suyas, que fueron vendidas a un museo. A partir de ahí, una galería francesa se interesó por él y vino la fama ya internacional de Gilbert Garcin. Sus fotos se pueden ver en su web (www.gilbert-garcin.com) y en la galería Hartmann de Barcelona. Merece la pena pasar una tarde en compañía de *Monsieur G*.